

LA EDUCANDA.

PERIODICO DE SEÑORITAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. La memoria, por don A. Pirala.—Cartas familiares, por doña Angela Grassi.—La verdadera belleza, por don Felipe Guzman.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—El hueso de melocoton, por doña Micaela de Silva.—El hijo desobediente, por doña Camila de Avilés.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINA: *Figurin de Niños*, núm. 759.

EDUCACION É INSTRUCCION.

LA MEMORIA.



UNA de las facultades que mas importa atender en la niñez y cultivar en la juventud, es la memoria. Compañera nuestra en la vida nos hace sentir y gozar, multiplica nuestros conocimientos, nuestro saber, y nos enaltece. Objeto ademas de interminables debates, no se ha establecido un principio fijo ni sobre su naturaleza, ni sobre la ventaja de cultivarla, ni sobre los medios de hacerlo. Unos han distinguido tantas memorias diferentes como hay géneros de recuerdos; otros han rechazado hasta su existencia, pretendiendo que cada facultad humana tiene el poder de despertar las ideas que han dado materia á su ejercicio, pero que no hay ninguna en particular que deba llevar el nombre de memoria.

Podrá ser justa esta última opinion en teoria, pero tiene inconvenientes para la educacion. Nos ocuparía poco la conservacion de las ideas adquiridas, si creyésemos que nuestras diversas facultades fuesen todas igualmente capaces de reproducirlas.

Cuando se ha reconocido la nulidad de la instruccion confiada únicamente á la memoria, se ha procurado reemplazarla con el estudio de las palabras por el de las cosas; pero en la niñez no se piensa mucho en lo que se lee y estudia.

Así que, la instruccion se compone de dos cosas distintas: comprender y saber. Cada leccion que se estudia exige dos operaciones: la una, la esplicacion,

que, sea que el maestro la dé ó que el discípulo la encuentre, exige ser concebida en términos diferentes á los del texto que se esplica: la otra, la recitacion, que debe ser exacta. Sin la esplicacion, y las preguntas que sirven para asegurarse que ha sido comprendida, el espiritu puede permanecer extraño á la leccion; sin la recitacion, no hay la seguridad de haber confiado algo á la memoria.

La inteligencia y una razon clara pueden suplir muchas veces á la memoria, pero brillarán mas aquellos dotes poseyendo esta facultad.

No se trata, sin embargo, de aprender mucho de memoria, porque esto seria una ocupacion insostenible. Lo esencial es aprender algo, pero esto exactamente y en varios géneros; lo cual no solo contribuye á la conservacion de los conocimientos, sino que facilita su adquisicion y se aumentan sin cesar por el ejercicio.

Hemos dicho en varios géneros, porque la esperiencia muestra en efecto que hay grandes diferencias entre los individuos, no solamente por la fuerza, sino por la naturaleza de la memoria. Unas personas retienen fácilmente las palabras, otras los hechos, otras las fechas: el encadenamiento lógico es necesario á los unos, á los otros la asociacion con ciertas impresiones físicas ó morales.

Hay infinitos medios en la educacion de fortificar la facultad de las representaciones simultáneas. La geografía estudiada sobre globos ó mapas, ó mejor aun sobre el terreno, conducen á este fin. La formacion de tablas sinópticas en algunas ciencias, y de tablas sincrónicas para la historia, dan el mismo resultado; pero lo esencial seria que el discípulo trabajase con la cabeza en este género. Acostumbrándole á trazar de memoria croquis de planos donde se marcara la situacion, sea de las habitaciones de una casa, ó de grupos de casas ó laberintos de calles en

ciertas ciudades, se ve precisado á espresar ideas exactas de lo que ha visto, y á ver claro en su imaginacion y en la naturaleza. Y cuanto mas placer se experimente en estas diversas operaciones, mayor será el éxito.

En efecto, cuando prescindiendo de la idea de fortificar la memoria como facultad, se busca sencillamente el medio de perpetuar el recuerdo de los objetos de estudio, se vé que ninguna influencia es mas poderosa que la del placer. La actividad que hace desplegar la idea anticipada de los goces, afirma y conserva los conocimientos. No sucede así con otros móviles. El amor propio puede ser un estímulo para la adquisicion de la ciencia, pero no es su mas fiel guardian. Cuando no se acuerda un niño de un elogio recibido ó de un premio obtenido, olvida el objeto del trabajo que le ha merecido esas recompensas. Así se ven borrados de la memoria estudios grandes y seguidos con extremo ardor en el tiempo que precede á los exámenes.

Es máxima antigua la de instruir deleitando, y es incontestable. Se puede obligar á estudiar, se exige la obediencia, pero no se puede mandar á la inteligencia que se ejercite á nuestro deseo sino tiene un poderoso estímulo.

Esto en cuanto á la niñez; que en la juventud la razon basta. Esta hace conocer lo que importa la memoria, y rinde á esta poderosa facultad el tributo que la es debido.

Aun cuando los niños se hallen entregados á sí mismos, deben estudiar, pensar en lo que estudian, y verán como crece y se dilata su memoria, y verán tambien con qué facilidad aprenden despues las lecciones. Reflexionen un momento que los trabajos que se les imponen son por su bien, que no se tiene otro objeto, y no podrán menos de responder con su aplicacion, dando en ello un gran placer á los padres, y preparando así un camino fácil á su dichoso porvenir y á su gloria.

A. PIRALA.



CARTAS FAMILIARES.

XVII.

De Enriqueta á la Abuela.

—Las campanas! podrá haber alguna otra música mas deliciosa, una música que embriague mejor nuestros sentidos; pero ninguna conmueve tan dulcemente el alma como el sonido grave y magestuoso de las campanas; ninguna la arroba en un éxtasis tan suave é indefinible, transportándola desde la tierra al cielo! Son como la voz de Dios, que resuena sobre la cúspide del templo, y cada mañana y cada noche va en alas de los vientos á llevar por todas partes la oracion, el consuelo y la esperanza.

Lenguas metálicas que solemnizan nuestros acontecimientos individuales, y los acontecimientos de la patria que nos ha dado vida, marcando cada uno de sus desastres, cada una de sus victorias!

Cuando la tempestad ruje sobre la tierra, cuán grato no le es al peregrino, extraviado en el corazon de los bosques, oir la campana salvadora de una ermita; cuando ruje la tempestad en el alma, cuán grato no le es al hombre escuchar aquel melancólico tañido, que le recuerda en donde se halla el lugar de la dicha y del reposo! Oh, benditas, benditas sean las campanas!

Dad la vuelta al mundo entero, embriagáos de placeres y delicias, no hallareis ninguna sensacion igual á la que se experimenta volviendo á ver el alto campanario de nuestra ciudad ó nuestra aldea, al oir aquellas campanas argentinas, que solemnizaron nuestro nacimiento, que doblaron mientras se abría la tumba de nuestros padres!

¡Cuánto alborozo hay en la campana que resuena al romper el alba, y cuyos alegres acordes se mezclan al canto de las aves, al murmurio de las fuentes, al balar de las ovejas; cuánta melancolia hay en la campana que toca á las oraciones, cuando todas las voces se estinguen, cuando las sombras se estienden lentamente, invadiendo el paisaje que nos cerca! Monumentos de la fé de los pasados siglos, triste ó alegre, no existe para mí otra armonía mas sublime que la vuestra!

La invencion de las campanas puede decirse que es tan antigua como el mundo. Generalmente se atribuye á los Egipcios, quienes pretenden poseer una que Noé fabricó por orden del Señor; pero desde los tiempos mas remotos, eran conocidas entre los Persas, los Indios y los Chinos. En cuanto á los Hebreos, la túnica que llevaba en las ceremonias el Sumo Sacerdote estaba guarnecida on campanillas de oro. Los Atenienses se servian de las campanas para con-

vocar el pueblo á los sacrificios de Proserpina y de Cibeles, y los Romanos marcaban con su sonido las horas del baño y la apertura de los mercados.

Sin embargo, la verdadera invencion de las campanas de grandes dimensiones data tan solo de los siglos IV y V, y un piadoso Obispo de la ciudad de Nola, en Italia, fué el que introdujo su uso en los templos para llamar á los fieles á los Oficios divinos.

Al principio se colocaban en el interior de las iglesias, pero luego las góticas catedrales empezaron á coronarse de torres y campanarios, que elevaban en triunfo hasta las nubes la sacrosanta cruz, y eran otras tantas maravillas del arte de nuestros padres.

Poco á poco tambien se fueron perfeccionando las campanas, cubriéndolas de esculturas, de emblemas y leyendas, y por una combinacion estudiosa de sus diferentes timbres, se llegaron á obtener esos armoniosos conciertos aéreos, que tanto dicen al alma.

Los Chinos suspenden en los diferentes pisos de sus torres multitud de campanillas, que agitadas por el aire producen mágicos sonidos.

Por las agrestes montañas de la Suiza, por sus amenos pastos, vagan muchos rebaños que no están bajo la custodia de ningun pastor. Para que las reses no se separen las unas de las otras, llevan una porcion de campanitas de diversos tamaños y diferentes timbres, que producen unos sonos variados hasta lo infinito, y esta música deliciosa las retiene embelesadas en el mismo sitio.

Es imposible imaginar el efecto de estos conciertos solitarios. Todos los cálculos de la ciencia serian impotentes para hallar combinaciones parecidas á las prodigiosas armonias, á las melodias estrañas que forma la casualidad, y están llenas de un indecible encanto. El eco repite de valle en valle, de monte en monte, estos acordes sublimes, que forman con el murmurio de los arroyos, con el rujir de las cascadas y los silbidos del viento, la única, pero imponente música que anima aquellas vastas campiñas, llenas de belleza y salvaje magestad.

Hé aquí como cuentan los ancianos del pais el origen de esta costumbre.

En tiempos muy remotos, vivia allí una pastorcita, que se llamaba Berta.

Berta era muy hermosa, pero como hermosa, buena.

Apacentaba los rebaños de un rico señor, y con su mezquino salario sostenia á su anciana madre, viuda, ciega y pobre.

Su madre habitaba en una chocita miserable perdida entre los bosques, y pasaba el dia tomando el sol en el dintel de su vivienda, é hilando en su rueca el fuerte lino.

Un dia quiso mojar sus dedos en el agua del arroyo que pasaba murmurando al pié de su casita, tropezó en los zarzales y cayó.... ¡Cayó y no pudo levantarse!

Pasó el dia, llegó la noche....

Berta, despues de llevar sus ovejuelas al establo voló como siempre á casa de su madre, para partir con ella su frugal merienda.

La halló tendida en el suelo, casi muerta!...

Oh, cuánto lloró la infeliz!

Veló toda la noche procurando reanimarla; pero brilló el sol, y el sol que trae á todos los seres de la naturaleza el contento y la alegría, aumentó la angustia de la pobre niña.

Su amo era exigente y duro. Si no iba á buscar el rebaño para conducirlo al pasto seria infaliblemente despedida, y entonces cómo podria socorrer á su madre moribunda?

Si la abandonaba parecia, parecia si se quedaba con ella!

Berta se postró de rodillas, rezó...

Una inspiracion divina iluminó su mente.

Corrió al pueblo, pidió prestadas cuantas campanitas pudo, y adornó con ellas á sus queridas ovejuelas.

Luego las dejó en el prado y corrió á velar junto á la cabecera de su madre. El prado estaba poco distante, y el sonido de las campanillas debia advertirla de cuando las ovejas se esparramasen demasiado.

La enfermedad de la pobre ciega duró mucho tiempo, y en todo aquel tiempo no se perdió ninguna res.

Añade la tradicion que una tarde un viajero que venia de paises muy lejanos atraído por aquella música deliciosa, llegó atravesando los bosques hasta el sitio en donde estaba el rebaño, y preguntó á la pastorcita, por medio de qué cálculo habia logrado combinar aquellos sonos y formar aquel concierto.

Berta, ruborizándose, contestó que su ciencia estribaba en el amor filial.

Añade tambien la tradicion, que el viajero era un monarca poderoso que iba peregrinando en busca de una esposa, y que enamorado de su virtud, se casó con ella y la colocó en el trono.

Pero volvamos á nuestro asunto.

Las grandes Catedrales, las ricas Abadías estaban provistas de muchas campanas, cada una de las cuales tenia un empleo distinto. Habia la de honor, para anunciar la visita de los altos personajes; la comun, para indicar las horas del trabajo y del reposo; la fúnebre, que señalaba la agonía de los moribundos, y por último, la de alarma.

Nuestra España, rica en magníficas Catedrales, lo es tambien en campanas grandes y sonoras.

Sin embargo, ninguna de las de Europa iguala en magnitud á las de China y Rusia, cuya famosa campana del Kremlin, en Moscow, pesa 240,000 kilogramos.

El bautizo de las campanas es una piadosa cere-

monia que data del siglo VII, efectuándose siempre con mucha solemnidad y pompa.

Cubríase la que debía ser bautizada con ricos paños de oro y plata, y se la colocaba debajo de un dosel, en medio de la nave de la iglesia.

El clero, revestido de ornamentos blancos, y acompañado del padrino y la madrina, honor al cual solo podían aspirar los altos personajes, llegaba hasta ella y la bendecía solemnemente rociándola con el agua del bautismo, y recitando algunos salmos, mientras resonaban los acordes magestuosos del órgano, y mientras la mirra y el incienso llenaban el templo de perfumes.

Esta ceremonia, aunque muy simplificada, se practica aun en el día.

ANGELA GRASSI.

LA VERDADERA BELLEZA. (1)

I.

Por el título de este cuento ó historia deben conocer mis lectoras que á ellas es á quienes me dirijo, porque no habia yo de ir á hablar de hermosura al sexo á quien generalmente se da el nombre de feo.

Y por cierto que hacia tiempo que deseaba echar un párrafo sobre tan amena materia, máxime por tener el placer de dirigirme esclusivamente al que todos llamamos galantemente bello sexo.

De manera que si hay entre mis lectoras, ¡y vaya si las habrá! alguna cuya cara no sea tan linda como por lo general se exige para recibir el adjetivo *bella*, creará que la escluyo del número; mas pronto se ha de desengañar y ha de ver para su consuelo que á ella se dirijen mas principalmente mis palabras.

Precisamente en todas las novelas, en todas las historias, en todos los cuentos, en todas las revistas, nos hablan de tipos ideales de mujeres hermosísimas, rubias como el sol, ó morenas encantadoras; en fin, todo cuanto hay que decir de un ángel lo dicen de sus heroínas. Y á mí se me ha ocurrido una idea: ¿solo las bonitas, las que tienen cara de ángel pueden ser puras y virtuosas, y cariñosas y enamoradas, y generosas, y todo cuanto hay que ser para merecer el aprecio y la admiración de los hombres?

Francamente, creo un poco impolítico el que se nos hable de continuo y exclusivamente de las boni-

[1] Nótese que hablamos de la hermosura, no del sentimiento de lo bello.

tas, porque eso es dar un feo á las feas, y hacer que jamás cojan un libro en sus manos sin esponerlas á dejarlo caer de justa indignación.

Yo repruebo semejante conducta, y para dar ejemplo, emprendo una nueva senda, que ojalá siguieran muchos, y así evitarían mas de cuatro malos ratos que se llevan ciertas jóvenes que tienen bastante talento para conocer lo que valen, y que ninguna culpa tienen de que el cielo haya repartido tan desigualmente la hermosura entre las mujeres.

Se ha dicho; y es un dicho muy comun, que la cara es el espejo del alma.

Este dicho mas bien es una galanteria de buen género que una verdad profunda. Si bien es cierta muchas veces, ¡cuán poco me costaría probar su falsedad en tantas otras ocasiones! ¡Cuántas mujeres no vemos con el rostro de ángeles buenos, y sin embargo tienen el alma de ángeles malos! ¡Tan cierto es, que un espejo está tanto mas espuesto á empañarse, cuanto está mas limpio y pulimentado!

Pero acaso estoy cansando á mis lectoras con meterme en tales profundidades, y como quiero evitarlo á toda costa, voy á empezar el cuento que al principio he ofrecido.

II.

En una ciudad del norte de España, bastante pintoresca y situada cerca de las márgenes del Ebro, y en una de sus calles mas retiradas, vivía una joven, cuya vida va á ser el principal objeto de esta historia.

Teresa no era hermosa, porque ya os lo he dicho, aquí no hablamos de las hermosas.

Ni era esta su mayor desgracia; hoy las feas que son ricas pasan por hermosas, y Teresa era pobre, tan pobre que tenia que mantenerse, y á su padre, que para mayor infortunio el cielo le habia dejado ciego.

Además estaba llorando á su madre, que habia muerto un mes antes, y la habia dejado huérfana á los quince años.

Es preciso confesar que la mujer es mas débil que el hombre, pero solo cuando se trata de un golpe rudo, fuerte, repentino: en cambio el valor de la mujer dura mas tiempo, es mas ilimitado, su sufrimiento alcanza mas, es mas inagotable, y parece que su corazón hasta se llega á familiarizar con el infortunio. Muchas huérfanas honradas, muchas viudas con hijos que quedan en la mayor desolación, en el mayor desamparo, que parece que han sufrido todo lo que puede un corazón humano, y que sin embargo no decaen, pudieran corroborar nuestras palabras con solo que admirásemos su heroica resignación.

Por eso Teresa, que habia nacido en la desgracia, y que solo habia mirado los ojos nublados de su padre y los llorosos de su madre para llorar tambien,

comprendió que su padre tenía razón de abatirse, porque su mayor mal era ser padre y no poder ganar un pedazo de pan para su hija; pero ella no podía decir lo mismo, y por lo tanto se veía en la obligación de olvidar todas sus penas como joven, y alegrar los últimos tristes días de su padre.

Y en efecto, Teresa ya no se acordó de su madre sino para rogar á Dios por ella é imitar su resignación en lo posible, creyendo que si su madre á su edad avanzada había sacado adelante de todas las necesidades y apuros á una hija y á un esposo desgraciado, con más razón ella, que era joven, podía llenar mucho mejor la misión que hasta entonces tan cumplidamente había llenado su madre.

III.

Algunos apuros había pasado la pobre Teresa para cumplir su objeto.

Su madre había llegado á ser costurera, es decir, una modista que cortaba, de bastante parroquia en la ciudad; pero como Teresa era tan joven, de ningún modo podía pensar por lo pronto en seguir llenando los compromisos de su madre.

Sabía coser y bordar de prisa y bien, y acaso se hubiera atrevido á cortar, pero ¡qué señora hubiera encomendado la hechura de un vestido ó un cuerpo de moda á una niña!

Estas razones se dió Teresa, y al fin se convenció que podía coser para fuera, pero que por entonces no podía llamarse modista.

Ninguna dificultad había en ello, muchas modistas la admitían en su taller, porque ya era fama de que á Teresa no se la veía la mano cuando cosía; pero la dificultad estaba en que Teresa tenía que trabajar en casa, á no dejar solo á su padre ciego, en lo cual como se comprende no quería consentir.

Tuvo que conformarse á coser camisas, no de las más finas, para una tienda, de la que se surtía la clase trabajadora, porque era el único medio que tenía de trabajar al lado de su padre.

Sabido es lo mal pagadas que son estas labores de mano en las mujeres.

Admira que una joven que está trabajando todo el día sin levantar cabeza, como suele decirse, gane dos ó tres reales de jornal, como sucede en muchas de nuestras provincias.

El coser una camisa le valía á Teresa solo dos reales, que si bien no tenía mucho esmero ni bordado en la pechera, ni pespuntos ni vainicas, ¡cuidado si tiene puntos una camisa de hombre!

Y como esto no servía muchas veces para cubrir sus necesidades, de aquí que tuvo que compensar lo barato con lo mucho; así es que la pobre niña se pasaba casi toda la noche trabajando á ocultas de su

padre, que nunca sabía la verdad de todos los apuros porque pasaba su hija.

Los días de fiesta salía Teresa á comprar con el dinero cobrado el día anterior todo aquello que creía más preciso para el gasto y aseo de la casa, que por lo demás era bien reducida; después iba á misa con su padre del brazo, lo sacaba un ratito por la tarde de paseo, y el tiempo que le quedaba lo empleaba en sus devociones y en arreglar la habitación y sus personas para la próxima semana.

IV.

Así pasó aquella criatura angelical un año, sin que se hubiese alterado en lo más mínimo la resignación de su alma, ni la serenidad de su semblante; incansable, sufrida, cariñosa con su padre, era un verdadero modelo de hijas; su joven corazón, sus ilusiones de joven, todas sus caricias se depositaban en el alma de aquel pobre ciego, cuya única ocupación era rogar á Dios, al padre universal, por su hija, para que no los separase al uno del otro en aquella desgraciada situación.

V.

Por lo mismo que hablo á mis lectoras me permito una digresión, que de seguro no me permitiría con los hombres.

¿En qué consiste, me he preguntado muchas veces, que una joven de clase modesta, ó regularmente acomodada, luce muchas veces con un vestido de percal ó lana más que las que se llaman elegantes con todas sus galas, sus joyas y sus ricos vestidos?

Vemos una joven que se hace los vestidos y que cose toda la noche del sábado para estrenarle el domingo, que saca un traje, sencillito acaso, pero lo lleva con una gracia, con un gusto, con una satisfacción, que hasta la manifiesta en su semblante.

Y no tengáis cuidado, que si cambia la moda, ella modificará su vestido con poquísimo ó ningún gasto, y siempre la vereis que en medio de su sencillez viste con gusto, con arte y hasta con elegancia.

Y tal vez veáis otra cargada de seda y de joyas, y sin embargo no hay en ella ese no sé qué de la otra; sin duda será porque está acostumbrada al lujo, y ya se había; no siente el mismo entusiasmo, porque va todos los días lo mismo, ó no le gusta ninguno de sus muchos vestidos; acaso mira ese esplendor con desden y fastidio, y lo más probable es que no tiene la satisfacción de la que trabaja todos los días, y pasea una vez y puede decir: esto me lo sé hacer yo sola.

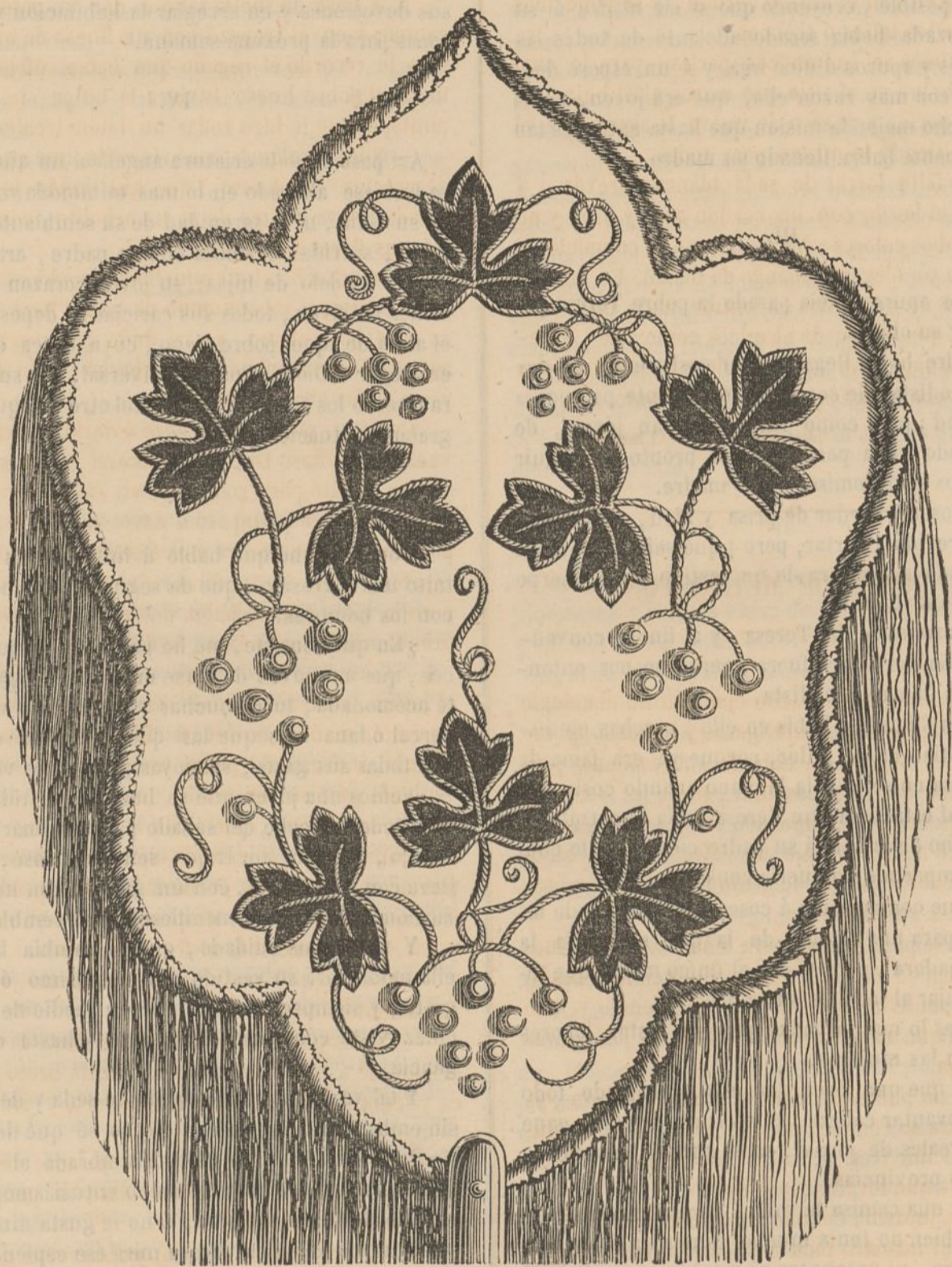
(Se continuará.)

FELIPE GUZMAN.

LABORES.

Una sola, pero tan distinguida, tan nueva, ofrecemos á nuestras lectoras, que cautivará el ánimo, lo

El abanico de chimenea, cuya breve explicacion vamos á hacer, es de paja con aplicaciones de terciopelo



Abanico de chimenea.

mismo de las que puedan ejecutarla, que de aquellas cuyas ocupaciones ó falta de práctica les impida emplearse en estas labores de capricho.

pelo azul celeste, cordoncillo de oro, cuentas de cristal blanco ó perlas, y cordon y fleco alrededor.

El tejido de paja en que se ejecutan esta clase de

abanicos es una linda novedad para este y otros objetos, como *tarjeteros*, *cestillas*, *sortijeros* y demas: sobre la paja se dibuja lo que se va á bordar, y se van fijando con goma las hojas de parra recortadas de antemano en terciopelo; pero la goma se dará solo en el centro de la hoja por el revés, acabando de sujetarlas alrededor con cordoncillo de oro fino cosido con seda dorada como en todas las aplicaciones. Las venas se hacen con el mismo cordón, y se pone mas grueso para los tallos ó troncos.

Los racimos se imitan con perlas, para lo cual se saca la hebra en el sitio que marca el dibujo, se ensarta la perla, y se saca de nuevo la aguja por el revés, repitiendo lo mismo para todas.

Ya solo falta forrar de seda blanca el revés, y guarnecer el borde con un cordón azul y oro, y un fleco de ambos colores; haciendo que le complete el tornero con un elegante mango de marfil. En labores de capricho no sabríamos encontrar nada mas lindo y expresivo que un par de abanicos como este, obsequio distinguido que agradecería en extremo una hermana ó una amiga en el día de su santo.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

EL HUESO DE MELOCOTON.

Valentin era un muchacho ejemplar en el colegio de Calatayud; juicioso, inteligente y aplicado al estudio siempre obtenia la nota de sobresaliente; así es que á pesar de sus pocos años, hacia las veces de pasante, y hubiera desempeñado este cargo á las mil maravillas, á no ser porque un defecto grave oscurecia sus cualidades; era de génio irascible, y no sabia reprender sin cólera.

Ello sí, se pintaba solo para tener los chiquitines á raya; nunca en su clase habia pronunciamentos ni desórdenes; en ella se observaba un silencio y una compostura que hubiera podido edificar á los padres de la Cartuja.

Pero si un pobre chico no se sabia la lección, ya podia echarse en remajo, porque amen de una peluca, solia recibir tres ó cuatro coscorrónes y algunos pellizcos que levantaban en peso.

Esto era injusto; cuando los chicos no entienden la lección, al maestro toca explicársela mas claro, y sino basta una explicación se le dan veinte.

Un día el maestro notó la violencia del pasante, y llamándole á su cuarto le dijo: —Si Vd. no procura reprimir su génio, me veré precisado á exonerarle, pues el que no sabe dominarse á sí mismo, no tiene derecho á reprender á los demas.

—Pero, señor, repuso Valentin, esos muchachos son capaces de hacer rabiar á un Santo; tienen la mollera mas dura que un hueso de melocoton.

—El hueso de melocoton, repuso el maestro gravemente, no es duro entre las manos de Dios, porque sabe como se ablanda.

Valentin se puso colorado y bajó la cabeza sin replicar una palabra.

A la hora de suelta salió á dar un paseo por el campo, y en él tropezó con un hueso de melocoton; éste le recordó el regaño que habia sufrido, y como si el pobre hueso tuviera la culpa, le pegó un puntapié que le hizo rodar un buen trecho.

—Niño, exclamó una viejecita que pasaba, no desprecies ese hueso, que ahí donde le ves tan pelado, lleva dentro de sí un arbolito, con sus hojas, sus flores y su fruto.

El muchacho al oír aquello se quedó como quien ve visiones; él sabia mucho de latin, pero muy poco de arboricultura, y casi dudó de la veracidad de aquella pobre anciana. Sin embargo, á fin de cerciorarse quiso abrir el hueso.

Cogióle, pues, y comenzó á darle vueltas y mas vueltas; primero trató de cascarle con las muelas, y poco le faltó para romperse un colmillo; tórle al suelo con rabia y empezó á darle taconazos, pero ni por esas; el hueso era mas duro que la suela de sus zapatos; quiso entonces abrirle con el cortaplumas, pero la vieja que se habia detenido á mirarle, comprendiendo su intención, le dijo así:

—Si empleas la violencia conseguirás quebrantar el hueso, pero no lograrás que dé fruto; para eso es menester maña y no fuerza: llévale á la huerta del colegio, indaga cuál podrá ser el terreno mas conveniente para su desarrollo, ten cuidado de que no le falte sol y riego, que si allí le siembras y cultivas esmeradamente, al cabo de algun tiempo verás despuntar en el suelo las primeras hojitas; poco á poco irá creciendo el árbol, despues se cubrirá de flores, y por último recojerás el fruto apetecido.

—Pero yo quisiera verlo ahora mismo, repuso el impaciente colegial.

—Eso es pedir un imposible, exclamó la viejecita echándose á reír; para que una planta brote, florezca y fructifique, se necesita esmero y cultivo; el tiempo hace lo demas.

Estas palabras recordaron al pasante las de su maestro, y dijo para su capote: haré la prueba con mis discípulos tambien.

En efecto, hizo la prueba, y obtuvo un gran resultado; á los pocos años el hueso encontrado en el camino era un árbol, cuya fruta no se podia mirar sin que se hiciera la boca un agua; varios de aquellos niños que tenian la mollera tan dura como el hueso, se habian convertido en hombres de regular instrucción, y Valentin rejenteaba el colegio de mo-

do que no habia profesor mas afamado en diez leguas á la redonda. ¿Y esto porqué? Porque la experiencia le habia enseñado el modo de ablandar el hueso del melocoton.

(Arreglo.)

MICAELA DE SILVA.

EL HIJO DESOBEDIENTE.

Sobre lo alto de una chimenea habia un nido de gorriones.

En este nido habia cuatro huevecillos, y de estos huevecillos salieron cuatro pajaritos sin pluma.

Pero la madre tenia plumas, y los abrigó debajo de sus alas.

En tanto que la madre los calentaba el padre iba en busca de alimento para la familia.

Los pajarillos crecieron en pocos dias, y les fueron saliendo las plumas, de modo que la madre ya no tenia que abrigarlos, y pudo ayudar al padre y salir á buscar el sustento para sus hijos; pero como estos no tenian bastante fuerza para volar, la madre al tiempo de partir, les dijo:

—Cuicuí, cuicuí, cuicuí, lo cual significaba:

Hijos queridos, estáos quitecitos. ¡Cuidado con que salgais del nido:

Pero en cuanto la madre los dejó solos uno de los pajarillos que era desobediente, quiso echarla de valenton, y comenzó á revolotear, asomóse fuera del nido, y ¡patapúm! cayó dentro de la chimenea.

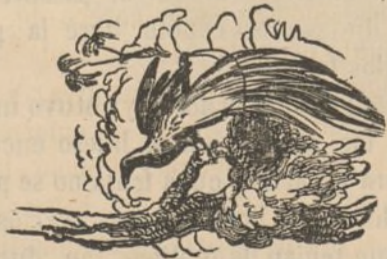
Cuando los padres volvieron, solo encontraron tres de sus hijos; estos al verlos empezaron á gritar: cuicuí, cuicuí, lo cual significaba: nuestro pobrecito hermano se ha perdido!

El padre, la madre y los tres hermanos tuvieron una pena muy grande.

Ved como la desobediencia de un hijo, ademas de su ruina causa la desgracia de toda una familia.

(Traduccion.)

CAMILA DE AVILÉS.



MODAS.

Explicacion del Figurin de niños, núm. 759.

FIG. 1.^a TRAJE PARA NIÑA DE CINCO AÑOS.—*Vestido* de poplin blanco, adornado de bieses de terciopelo grana y fleco de madroños de igual color.

Dos bieses de terciopelo adornan el canto de la falda: el cuerpo es escotado y plegadito por delante y por detrás, con berta figurando solapas hácia abajo y escapulario triangular en el centro; todo guarnecido de bieses y fleco: manga justa con bullon en el hombro y lazo grana, y cinturon igual á la berta con cordones y borlas al lado.

Comiseta alta; *botitas* grises, y *sombrero* jockey de fieltro gris, con adornos encarnados.

FIG. 2.^a TRAJE PARA NIÑO DE NUEVE AÑOS, al estilo de Luis XIII.—*Chaqueta* y *calzon* de paño color habana con adornos de cinta de terciopelo negro y lazos de la misma. *Camisa* floja, *botines* de paño negro y *sombrero* redondo negro, de fieltro, con cinta azul anudada en lazo por detrás.

FIG. 3.^a TRAJE PARA NIÑO DE DOS AÑOS.—*Paletot* y *falda* de terciopelo azul, guarnecidos de piel de cisne. *Sombrero* de terciopelo azul con pluma blanca.

FIG. 4.^a TRAJE PARA NIÑA DE CUATRO AÑOS.—*Vestido* de cachemir color de fuchsia con vivos de terciopelo y botones negros: cuerpo escotado, manga corta de bullon y falda lisa. El paño de adelante es de una pieza hasta el escote, y ensancha en delantal figurando estar sostenido en todo su largo con botones de terciopelo negro.

FIG. 5.^a TRAJE PARA NIÑA DE DOCE AÑOS.—*Falda* y abrigo entallado de terciopelo negro, guarnecido este en todos sus bordes por una tira estrecha de piel de marta zibelina: galones de seda labrada forman pirámides en el bajo de la falda, y en el abrigo mas arriba de la piel. *Sombrero* de fieltro gris con adornos de terciopelo negro, y *esprit* negro tambien.

FIG. 6.^a TRAJE PARA NIÑO DE SIETE AÑOS.—*Calzon* y *chaqueta* rusa de paño gris, ésta con adornos de cinta de lana negra, labrada. *Botas* altas de charol, arrugadas, que sujetan el calzon, y *gorrito* de terciopelo negro con plumas grana.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1864.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.